

amor por sus *queridos Españoles*; el pueblo, en efecto, era digno de este afecto, pero el rey era indigno de su pueblo. A despecho de las más solemnes renunciaciones, á despecho de sus protestas, tenía una idea fija, la de subir al trono de sus mayores, del que apenas le separaba la vida de un débil niño. La ambición de la reina heredera de la casa de Farnesio era obtener para sus hijos establecimientos en Italia. Jamás deseo más ávido fué seguido con más avidez; para procurar algunos ducados italianos á sus hijos estaba pronta á prender fuego á toda Europa. ¿Qué interés tenía la nación en que D. Carlos fuese duque de Toscana? La pregunta parece una burla. Jamás pareció más miserable la condición de un pueblo gobernado por un monarca absoluto. El interés evidente de la España era conservar la paz para levantarse de una decadencia secular. Había encontrado un ministro que por su fogosidad italiana parecía hecho para darle una nueva vida. Alberoni comprendía que ésta era la verdadera política para España. Protestó en varias ocasiones ante el embajador de Inglaterra, que no deseaba posesiones en Italia, que la España sería bastante más poderosa encerrándose en su continente y las Indias, y gobernándolas bien, que dispersándose por toda la Europa, como lo había hecho anteriormente. Deploraba la guerra que iba á deshacer las reformas que había iniciado, reformas, añade el diplomático inglés, que verdaderamente le hacen mucho honor; atribuía la guerra al rey y á la reina que, decía, habían tomado con empeño los asuntos de Italia (1). Alberoni tuvo que transigir con su ambición y hacer la guerra, á riesgo de comprometer el porvenir de la España. Lo que la nación ganó con «aquella pasión de establecimientos soberanos para los hijos de la reina», como la llama *Saint-Simon*, fué que la obra de la regeneración, apenas comenzada, quedó detenida por un siglo.

Una vez lanzado en el campo de las aventuras, Alberoni empleó en la ejecución de sus designios el genio de un aventurero audaz. Se veía contrariado en sus planes por el duque de Orleans, regente de Francia; en primer lugar, porque la política del regente era

(1) Carta del conde STANHOPE, en lord MAHON, *History of England*, t. I, p. 387, 389.

la conservación de los tratados de Utrecht, que le llamaban al trono en caso de muerte de Luis XV. Para separar este obstáculo, Alberoni tramó una conspiración con algunos descontentos de Francia, con objeto de quitar la regencia al duque de Orleans y dársela á su señor. Pero hacer la guerra al regente era hacérsela á Jorge de Inglaterra, aliado íntimo del duque de Orleans. Alberoni no retrocedió; se concertó con Görtz para restablecer los Estados en el trono de sus antepasados. El emperador, que no había reconocido la monarquía del duque de Anjou, estaba aún menos dispuesto á ayudar á los proyectos del rey de España en Italia, porque tendían á despojarle de las posesiones italianas que le aseguraba el tratado de Utrecht. Alberoni celebró una alianza con la Puerta, que debía llamar la atención en Hungría, mientras se atacaba al emperador (1). Esta política iba á sumir á España en una guerra universal. Alberoni no se lo disimulaba; en su lenguaje burlesco decía «que obligaría hasta á los indiferentes á entrar en la danza, que para esto tenía instrumentos excelentes, que inspirarían deseos de esta clase de diversiones» (2).

De este modo el cardenal aventurero lanzaba á la Europa entera en las desdichas de una guerra general para satisfacer los caprichos de un rey hipocondriaco y la ambición maternal de la reina. No hay espectáculo más desconsolador, y comprendemos que se haya buscado en los vastos proyectos de Alberoni algo más que una culpable locura de aquellos reyes. Un publicista francés sospecha que no pensaba tanto en restaurar la España, cuanto en servir á la Italia. «Preparar la independencia de su patria, implantando en ella príncipes bastante poderosos para defenderla, tal me parece, dice *M. de Carné*, haber sido el pensamiento secreto de aquel hombre, tipo acabado del genio italiano en sus odios sin límites y sus ambiciones sin escrúpulos. Animado contra el Imperio y los Alemanes de los furiosos de un Güelfo del siglo XII, el cardenal subordinaba la moral y la justicia á su idea fija» (3). Hay algo de verdad en esta apreciación. Los actos y las palabras

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. IV, p. 470.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 273.

(3) LOUIS DE CARNÉ, *El Regente y la Regencia* (*Revista de Ambos Mundos*, 1858, t. III, p. 845).



de Alberoni descubren un profundo odio hacia la raza alemana, á quien los tratados de Utrecht implantaron en Milan y en Nápoles. No hablaba, dice *Saint-Simon*, más que de arrojar á los bárbaros de Italia (1). Pero no se debe buscar en él el respeto de las nacionalidades, tal cual hoy lo entendemos; esta idea no habia nacido aún en el siglo XVIII. En su manifiesto sobre el proyecto de Sicilia, dice, es verdad que el rey concibió el generoso designio de defender la libertad de Italia; pero le preocupaban más los príncipes que la nacion. Acusaba á los alemanes de reducir á los príncipes italianos á una vergozosa servidumbre. La paz de Utrecht habia dado Nápoles al emperador, y la Sicilia al duque de Saboya. Por la cuádruple alianza, se quitaba la Sicilia al duque para dársela al emperador; esto era, dice Alberoni, la servidumbre de la Italia (2). El cardenal queria repartir la Península entre los príncipes italianos; los infantes de España lo eran á medias por su madre, y una vez posesionados de Italia, lo serian por completo. Este era un principio de independencia de Italia, en el sentido de que quedaba libre de los bárbaros. Los Austriacos eran, en efecto, bárbaros para los Italianos, porque jamas llegaron á asimilárselos; siguieron siendo siempre extranjeros, y extranjeros sin simpatía alguna de genio, de costumbres ni de ideas con las poblaciones italianas.

No paraban en esto los designios de Alberoni. *Voltaire*, que conocia perfectamente las intrigas que agitaron el Mediodía y el Norte en la primera mitad del último siglo, nos dice que «el cardenal tenía un gran proyecto; hacer un cuerpo itálico poco más ó menos sobre el modelo del cuerpo germánico» (3). *Voltaire* añade que, cuando se conciben proyectos de esta especie, es preciso contar con el apoyo de la opinion, so pena de carecer de fuerza para realizarlos. Hay un cargo más grave que dirigir al cardenal que el de ser utopista, y es que practicaba la moral de Maquiavelo, sacrificaba todo á su fin. Importábanle poco los tratados y las promesas; engañó á todo el mundo, empezando por el papa; se

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. IX, p. 317.

(2) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. VIII, l. p. 543.

(3) VOLTAIRE, *Exámen del testamento político del cardenal Alberoni*.—Carta del 26 de Enero de 1740 al príncipe Federico.

sobreponia á todas esas preocupaciones que se llaman derecho, justicia, conciencia. Era en él sistema, como en el político italiano del siglo XVI. Decia «que los soberanos eran siempre menores, dueños por consiguiente de librarse de las violencias que habian sufrido cuando la Providencia hacía nacer ocasiones para ello» (1). Hé aquí una doctrina maravillosa. Los *menores* pueden pedir la rescision de sus *contratos*, cuando sean *lesionados*. Siendo *menores* todos los príncipes, resulta que los tratados que hacen no son más que convenios irrisorios; el más fuerte es el que triunfa sobre el más débil, salvo que el más débil puede tomarse la revancha cuando Dios le da los medios. Porque Dios está siempre dispuesto á cubrir con su nombre todo cuanto se hace contra el honor y la fe jurada.

Alberoni no se limitó á la teoría; sus actos estuvieron á la altura de sus máximas: «Señor cardenal, no os creia capaz de esto», le dijo un dia el jesuita Daubenton, lamentándose de algunas medidas equívocas. «Padre mio, contestó el cardenal, mirando fijamente al confesor; yo soy capaz de esto y de todo.» Esta palabra la cumplió. La conquista de Cerdeña fué un verdadero bandolerismo; fué emprendida sin declaracion de guerra contra el emperador que estaba combatiendo con los Turcos, y despues que el cardenal habia hecho creer al papa que se armaba contra los infieles. La invasion de la Sicilia fué una violacion más audaz aún de toda fe, y hasta de toda conveniencia. Pertenece al duque de Saboya, y el duque estaba en negociaciones para coaligarse con España contra el emperador. Para poner el sello á este golpe de Estado diplomático, el cardenal invocaba incesantemente el equilibrio político, y esto en el momento en que iba á trastornar por completo toda la Europa. Decia que «la Europa no estaria tranquila jamás mientras el emperador tuviese un soldado y una pulgada de tierra en Italia» (2). ¡Lo que es la doctrina del equilibrio! Sirve en caso de necesidad para trastornar el mundo de arriba abajo, con el pretexto de asegurar su tranquilidad.

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. IX, p. 82.—RICHELIEU, *Memorias*, t. II, página 289.

(2) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. IX, p. 386.



Alberoni fué más afortunado que Görtz. Aunque arrojado por los príncipes á cuya ambicion habia servido, pudo ver en su destierro la realizacion de una parte de sus proyectos. Los infantes de España ocuparon los tronos de la Toscana y de Nápoles. Si no dieron la independenciam á la Italia, al ménos impidieron la dominacion completa de la casa de Austria. El reinado de los príncipes italianos preparó el de la nacion. Hoy que la Italia ha reconquistado su independenciam, debe un recuerdo de reconocimiento al cura parmesano que, hecho cardenal y ministro, fué tal vez el único que en el siglo XVIII lanzó el grito de: ¡fuera de Italia los bárbaros!

### § II.—La política de la paz.

#### N.º 1.—La alianza inglesa.

##### I.

Desde el advenimiento de Guillermo de Orange, la lucha de Luis XIV contra la Europa fue en realidad un duelo con la Inglaterra. Guillermo era el alma de las coaliciones; el oro inglés el nervio de la guerra. En cuanto la Inglaterra se retiró en 1712, las Provincias Unidas y el emperador se vieron obligados á consentir la paz. ¿Cuál es la razon de estas largas disensiones? La envidia, el temor de la dominacion francesa tenian gran parte en ellas; pero habia tambien un interes de libertad y de existencia. Si Luis XIV hubiese sido vencedor de la Europa, la restauracion de los Estuardos hubiese sido inevitable. Los Ingleses, al combatir la monarquía universal, combatian, pues, por su libertad religiosa y política. En cuanto á Luis XIV, se proponia ante todo un fin egoista, la grandeza de su familia. Pero el poder de los Borbones amenazaba la independenciam de la Europa, y por consiguiente, comprometia la existencia de la Inglaterra. De aquí la animosidad de las dos naciones, que pareció reanimar los antiguos odios de la Edad Media.

Tales fueron las relaciones de la Francia y de la Inglaterra

hasta la muerte de Luis XIV. Bajo el gobierno del regente, todo cambia, como por encanto. La política de invasion dejó el campo á la política de la paz, y á la lucha á muerte de dos naciones rivales, siguió una alianza íntima. ¿Cuál es la causa de esta revolucion? Aun despues de la paz de Utrecht, el anciano rey no se reconcilió más que aparentemente con la nueva dinastía llamada á reinar sobre Inglaterra; daba bajo cuerda socorros al pretendiente. En Inglaterra tambien la opinion pública se mostró poco favorable á la paz de Utrecht. En su primer discurso al parlamento, Jorge I la calificó de paz *tal cual*; se lamentó «de que los incomparables triunfos que la Inglaterra habia obtenido en la guerra no le hubiesen reportado toda la felicidad que tenía derecho á esperar de la paz.» La cámara de los comunes declaró que no habia podido ver sin *indignacion* la gloria de la nacion empañada por las negociaciones y por la paz que les habia seguido. El parlamento hizo una informacion sobre la conducta del ministerio tory, que habia firmado los tratados de Utrecht; ademas acusó á dos ministros de alta traicion por haber favorecido los intereses de la Francia (1). Hubiérase dicho que la lucha iba á volver á empezar. Sin embargo, poco tiempo despues se celebró la triple alianza de Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas, con objeto de garantizar aquella misma paz de Utrecht, contra la cual se sublevaba el parlamento, y que Luis XIV estaba pronto á violar.

Para explicar este rápido cambio de frente en la política de Inglaterra y de Francia, se ha dicho que fueron más bien los intereses dinásticos de la casa de Hanover y de la familia de Orleans que las simpatías ó los intereses de los dos pueblos los que hicieron contraer la triple alianza. Pero aquí, como en todos los grandes acontecimientos, hay la mano de Dios y el egoismo de los hombres. Veamos primeramente la parte que corresponde á la diplomacia de los príncipes.

La casa de Hanover, al subir al trono de Inglaterra, encontró enemigos en todas partes, amigos en ninguna. En el seno de la misma nacion, un partido poderoso era adicto á la familia de los Estuardos. Apenas Jorge I habia puesto el pié en Inglaterra,

(1) RAPIN DE THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. III, p. 39 y 85.